

PRENSA Y TERTULIA

María del Mar VILLAYERDE PONCE
(Grupo de Estudios del Siglo XVIII)

RESUMEN: *En el presente artículo hemos intentado aclarar la estrecha relación que existe entre la prensa, como medio de comunicación en el que el pueblo puede expresar sus opiniones, y la tertulia, como medio de expresión de las ideas de un grupo social determinado. La inclusión de un gran número de fragmentos de estas tertulias creemos que será de gran ayuda para la mejor comprensión de los conceptos aquí expresados. También queremos destacar la vital importancia de El Correo de Jerez a la hora de comprender la prensa del XIX en España. Fue pionero de muchas novedades que se verían reflejadas en la prensa posterior. Palabras clave: Prensa, Sociabilidad, El Correo de Jerez.*

ABSTRACT: *In the present article we have attempted to explain the intimate relationship between the Spanish press of the nineteenth century, as a communicative system that can be used by the people to express their opinions, and the social gathering, as an expression manner of a particular group in any society. The inclusion of many excerpts of the commentaries that have been said in these social gatherings should be a great help for a better understanding of what have been written above. We want to point up too the vital importance of the newspaper called El correo de Jerez in the Spanish press of that moment. It was pioneering many of the changes that would be reflected in the later press. Key words: Press, Sociability, El Correo de Jerez.*

La prensa se convierte en el medio de difusión por excelencia, ya que las nuevas ideas, que brotan a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, necesitan un instrumento de transmisión a través del cual puedan servirse. En Europa la evolución periodística está dando sus frutos, aunque no de manera similar y paralela en todos los países, ya que España se manifiesta aún un tanto retrasada al respecto.

El periódico que va a ser objeto de estudio con el tema que nos ocupa (prensa y tertulia) es el *Correo de Jerez*, publicación bisemanal que aparece el 1 de abril de 1800 y cuyos temas de interés a tratar versarán sobre ciencias, arte y literatura.

En opinión de Leiva¹ el susodicho periódico queda libre de la responsabilidad de informar teniendo en cuenta el carácter del rotativo. No obstante, es importante destacar que, independientemente de la fisonomía y pretensiones que posea un periódico, la labor de «informar» y «formar» al pueblo es inherente al género.

El *Correo de Jerez* es un rotativo destinado a la recopilación de datos basados en la geografía económica del pueblo, aunque nos interesa actualmente por otros motivos, como es el de constituir una clara manifestación escrita de todos aquellos pequeños acontecimientos que quedaban plasmados en sus páginas sobre la cotidianidad.

La importancia de dicha publicación radica, pues, en la relevancia que caracteriza el hecho de configurarse como un diario que se mantienen en exclusiva hasta 1810, fecha en la que nacerán otros.

Prensa y tertulia se nos presentan como dos géneros que se sustentan mutuamente; por un lado, la prensa es el principal soporte o vía a través de la cual nos llegan esas descripciones detalladas del ambiente tan variopinto que se respiraba en las tertulias, y, por otro lado, la tertulia, como tal, viene a engrosar las páginas de un periódico colaborando en la ardua y compleja tarea de entretener y divulgar conocimientos.

El concepto de «tertulia» se halla arraigado al de «sociabilidad» o «cortesía», según la opinión de Araujo Costa² Ambas denominaciones están enlazadas con la época clasicista o clasicismo. Ya Virgilio y Horacio eran asiduos contertulios de Augusto, que donaría su título de mecenas como símbolo de «protección a las letras y a las artes.»

El fenómeno de la tertulia aparece también en otra época de la historia, la Edad Media, donde aparecen las «cortes de amor»; en el Renacimiento abundan las Academias en España e Italia. Francia en el siglo XVII, será el único país que tendrá la dicha de convertirse en el «centro de la intelectualidad de los salones».

Así destaca la Corte de Sceaux, de la duquesa de Mine, los salones respectivos de Médium de Tencin y Médium de Lamberto, y antes de la Revolución, relumbrarán los «cenáculos» de la Geoffrin, la Dudeffand y Julia e Lespinasse.

Fonrenelle y Voltaria son caballeros de tertulia, al igual que lo fue Goethe y una mujer de excepción, amante también del «gran mundo», Médium de Staël.

Aun cuando la prensa y los partidos políticos, afirma Villacorta Baños,³ en el

¹ Leiva, Juan, *Historia del periodismo jerezano, el siglo XIX*, Centro de estudios históricos jerezanos, Jerez de la Frontera, 1982, p. 31.

² Araujo Costa, Luis, *Juan Valera, obras completas* (en su estudio preliminar), M. Aguilar, Madrid, 1942, p. 11.

³ Villacorta Baños, Francisco, *Culturas y mentalidades del siglo XIX*, Editorial Síntesis, Madrid, 1993, pp. 13-34.

siglo XIX constituían dos de las escasas vías de comunicación hacia el pueblo, la base de difusión de las ideas eran las citadas y el debate público.

Dicho debate adoptaría la forma de «café», congregación que reunía a personas que compartían libremente las opiniones. El café tenía sus orígenes en la Europa del siglo XVIII, llegando a convertirse en uno de los círculos de opinión más relevantes del momento y que eran fiel reflejo de una sociedad encaminada a la democratización.

Fue escenario del nacimiento de nuevas ideas políticas avanzadas y de partidos políticos. Según el susodicho crítico, llegó el café a consolidarse como lugar de reunión en el que se practicaba la sociabilidad y donde ejercieron un papel importante la prensa y la política que llegarían, posteriormente, a institucionalizarse. Otra de sus funciones fue el desarrollo de actividades artísticas, cumpliendo un importante papel la estética y la estilística.

Al café le sucedieron otras formas de asociación a principios del siglo, como fueron los clubes ingleses. En el resto de Europa surgió otro tipo de asociaciones de carácter privado o público cuyo objetivo era manifestar libremente sus opiniones. Como ejemplo de ello, prosigue Villacorta Baños, se cita a los siguientes: los Carbonar y Federad en Italia, los Charboniers y Chevaliers de la Foi en Francia, las sociedades patrióticas, la sociedad El Ángel Exterminador, los Ateneos en España, los Filomatianos en Polonia, la Unión del Bienestar en Rusia y la francmasonería en todas partes.

Otra de las ventajas ofrecidas por estas asociaciones era la de acoger a los artistas una vez que desaparecieron las formas tradicionales de asociación artística, como la Corte y los Salones, añade el crítico.

Surgen, pues, nuevas modalidades de agrupación social, como las tertulias, los cafés literarios y los cenáculos que favorecen el concepto de sociabilidad y de acogida del artista. Progresivamente y con el transcurso del tiempo, estas asociaciones dejaron a un lado el concepto puramente estético para desarrollar ampliamente el sociológico.

En las tertulias que hemos estudiado aparece, en primer lugar, un narrador en tercera persona que relata lo que ha acontecido en una de ellas, bien esté aquel presente o no. En el caso del *Correo de Jerez*, el narrador es partícipe de aquella reunión y siempre se dirige al editor del rotativo como el destinatario de sus cartas.

Así, el tertuliente se dirige al destinatario denominándolo «querido Juniperio» (*Correo de Jerez*, del jueves 30 de enero de 1806, t. IV, n° 200, p. 65), o bien, «Señor editor del Correo de Jerez». En ocasiones, el tertuliente participa de la tertulia que va describiendo:

(...) procuro buscar donde sentarme y lo logro junto a una señorita, joven, (...) y procuré dirigir la conversación a esta adonis (*ibid.*, jueves 30 de enero de 1806, t. IV, n° 200, p. 65).

En otros casos, también el tertuliente describe tertulias en las que se manifiesta como mero espectador o narrador de lo que allí acontece, transcribiendo algún tema de conversación que se suscitara en dicha reunión:

(...) Juzgué conveniente buscar mi introductor, y me guió a otra pieza, en donde vi tres mesas de juego, rodeadas de gente, en la que veía predominar el interés y el vicio (*ibid.*, jueves 27 de febrero de 1806, t. IV, n° 208, p. 129).

(...) pues indiferentemente jugaba el hombre y la mujer libre, y con obligaciones, recreándose en pasar el tiempo con zozobra, disgusto y desconfianza (...) (*ibid.*, p. 130).

Señor editor: hallábame ayer en cierta tertulia, donde se hablaba del mérito contraído por nuestros marinos en el combate del día 21 de octubre (...) (*ibid.*, domingo 29 de diciembre de 1805, t. III, n° 11, p. 413).

La casualidad de hallarme en cierta tertulia, donde se suscitó esta conversación, ha dado motivo a mi carta (...) (*ibid.*, jueves 12 de septiembre de 1805, t. III, n° 160, p. 161).

(...) Solo si necesitaré buena parla, como la emplea todo charlatán para buscar su pan, y vamos a la explicación de cada papelón, y hablo ya en la geringonza que se usa con la gente que acude con la boca abierta a ver la fiesta. Vamos Señores y Señoras, quien ha pagado arrímese a su lado; ponga su ojo en el agujero, pues le cuesta el dinero; y si mira con atención, tendrán completa diversión (...) (*ibid.*, domingo 28 de febrero de 1802, t. II, n° 122, p. 273).

En estas reuniones, de carácter privado, resultaba imprescindible la presencia o el requerimiento de un amigo o conocido que introdujera al interesado en la tertulia:

(...) No bien había formado este juicio que solicito a un amigo, el más antiguo y constante mantenedor de tan concurrido concurso. Nos juntamos a hora citada, y me introduce en un salón (...) (*ibid.*, del jueves 30 de enero de 1806, t. IV, n° 200, p. 65).

(...) Juzgué conveniente buscar mi introductor, y me guió a otra pieza (...).

(...) tertulia en un estrado, diversión donde se observa la etiqueta, donde solo concurren las personas que se conocen, y en donde para introducirse, es menester el favor de algún amigo (...) (*ibid.*, del domingo 28 de febrero de 1802, t. II, n° 122, p. 273).

Uno de los componentes esenciales que caracteriza a este tipo de reuniones es la presencia de la mujer, que no sólo será un miembro más de ella, sino que también la presidirá:

(...) para experimentar el pasatiempo que públicamente se divulgaba haber en casa de la Señora Doña Lucrecia, cuya tertulia era tenuta por la más instructiva, satírica y divertida (*ibid.*, jueves 30 de enero de 1806, t. IV, n° 200, p. 65).

Podría afirmarse que la presencia de la mujer en estos actos constituía básicamente un elemento de adorno, pues, muchas de ellas tenían asumido ese rol:

(...) procuré dirigir la conversación a esta adonis (...). Me tentó la mala suerte de preguntarla, si había leído algo de historia. Nunca tal le hubiera dicho... no la gustó mi pregunta, y casi enfadada me responde. ¿Qué me importará saber lo que ha pasado antes de mi existencia? ¿Adelantaré algo con averiguar el orden de las monarquía, reinados, o gobiernos? (*ibid.*, jueves 30 de enero de 1806, t. IV, n° 200, p. 65).

Como bien ha destacado Carmen Martín Gaité⁴ se aplicaba la denominación de «bachillera» a toda aquella mujer que, deseando alejarse de aquel mundo repleto de vanidad e inercia en el que vivían las petimetras, necesitaba y ansiaba instruirse. Nuestra protagonista huye de tal consideración por temor a ser calificada de este modo. Así dice, «por cierto que dirían mis compatriotas que fulanita iba a poner cátedra».

De todo esto se deduce que existía una corriente de pensamiento totalmente contraria a la educación y formación intelectual de la mujer, arropada por algún tipo de prejuicio fomentado por el hombre y, que sin duda, influyó de manera decisiva en la mujer, la cual tenía asumido ese papel.

No obstante, existían voces disidentes, como afirma la susodicha, ya que se alzaron mujeres que no estaban de acuerdo con el destino de la mujer en la sociedad, como es el caso de Doña María de Zayas y Sotomayor, que ya en 1637 reivindicaba una igualdad de derechos entre el hombre y la mujer.

El tema de la educación femenina tenía que centrarse fundamentalmente en corregir sus costumbres viciadas; así nos lo muestra el mismo texto con un sentido crítico:

(...) y naturalmente alcanzamos mas que algunos solo con la lección de cuatro novelas, historias amorosas, o comedias que nos entretienen, y nos sirven de ocupación, aunque sin hecho. ¿Vm. piensa que el influjo de cuatro escritores, o consejeros podrán vencemos del vicio con que nos alimentan desde nuestra niñez? (*ibid.*, jueves 30 de enero de 1806, t. IV, n° 200, p. 65).

Y es que, realmente, la mujer había sido educada para lucimiento del hombre,

⁴ Martín Gaité, Carmen, *Usos amorosos del XVIII*, Editorial Lumen, Barcelona, 1972, pp. 241-307.

como señala el crítico, y que sus distracciones debían estar enfocadas a las labores de aguja, parir y criar. Se les insistía demasiado en el adorno y arreglo personal:

(...) La hallé jocosa en puerilidades; pero me fastidiaba advertir una afectación en el hablar y un continuo y ordenado movimiento en el cuerpo, cabeza y brazos que parecía los daba a compás, o que estaba compuesta de resortes, que le hacían observar ciertos intervalos compaseados (...) (*ibid.*, p. 67).

También habría que tener en cuenta que este tema de la instrucción de las mujeres es aprovechado para criticar la ausencia de una sociedad destinada al saber:

(...) Aunque en el hombre (suele decirse) que reina la capacidad, y vemos que se hacen los censores de lo que en nosotras tildan por defecto: no hallo que procuren adomar su imaginación con lo útil, pues en la generalidad son muy pocos los que son capaces de ilustrar por su conversación (...) (*ibid.*, p. 68).

Prosigue Martín Gaité⁵ exponiendo que en la literatura, prensa periódica y relatos de viajeros, folletos o sermonarios de la segunda mitad del siglo XVIII encontramos referencias a una práctica social que surge en Italia y que ya en 1750 estaba bastante arraigada en España, como era la de ciertos maridos de elevada posición dejasen que sus esposas fuesen visitadas por personas del sexo contrario.

Esta costumbre del cortejo alternaba, desde el punto de vista de la terminología, con otros dos, que, al fin y al cabo, venían a significar lo mismo, «chichisveo» y «estrecho»:

(...) uno y otro se quejaban por pensar cada uno no ser el solo favorecido, y haberse los dos desengañado ser objeto de chichisveo y pasatiempo (...) (*ibid.*, jueves 27 de febrero de 1806, t. IV, n° 208, p. 130).

Para Baretti⁶ no parece haber diferencia entre el cortejo y el chichisveo, aunque éste sea anterior a aquél. La época de auge de esta moda se sitúa en torno al reinado de Carlos III y Carlos IV, aunque tendrá una gran importancia en la época de Felipe V donde se denominará chichisveo. Este fenómeno no pasó de ser elitista y minoritario.

El vocablo «chichisveo» designó, según el citado autor, susurro o bisbeo, como deformación del verbo italiano «bisbigliare» (hablar al oído, susurrar) que se

⁵ *Ibid.*

⁶ Baretti, Giuseppe, *An account of the manners and customs of Italy; with observations on the mistakes of some travellers with regards to that country*, Londres, 2 volúmenes, cap. VIII, p. 101, *apud* Martín Gaité, *ob. cit.*

convirtió en «cicisbeare». Así pues, «cicisveo» aludía a una manera de conversar entre una mujer y un hombre que no era su marido y con el que se sentía a gusto.

En opinión de Martín Gaité, lo característico de este tipo de relaciones era que constituían un reducto de ciertas prácticas de confesionario (de ahí el sentido del secretismo y el susurro), apoyada dicha teoría por cierto escritor italiano contemporáneo, Constantino Roncaglia:⁷

Así, pues, el conversar de los cicisbei consiste en la elección que hace un hombre joven o maduro de una mujer casada, y a veces viuda, para entretenerse con ella a título de honrado cortejo y de noble servidumbre, en una charla frecuente y familiar... La conversación más grata es la que tiene lugar entre ellos no pocas veces en la soledad de un aposento... y los discursos más geniales los que se dirigen secretamente uno a otro, al oído, con estudiadas expresiones de un afecto que se pretende platónico.

También el nombre de «estrecho» se aplicaba al hombre que constituía, a juicio del crítico, el confidente de la mujer. La denominación correspondía, sin duda, al hecho de haber roto los tabúes que consideraban a la mujer como «estrecha».

En la tertulia transcrita en el periódico, objeto de estudio, se revelan ya estas prácticas de sociedad, las cuales, en opinión de Martín Gaité, suponían un cambio para la sociedad, especialmente, para la mujer, la cual mostraba ya una cierta apatía hacia la vida matrimonial, que llevó a la incorporación de estas costumbres arrastradas por el aburrimiento. Casi nadie consideraba el cortejo y sus variantes como un hábito arraigado en España desde hace siglos, sino como una moda importada que vino a desafiar las costumbres y tradiciones propias.

Teniendo en cuenta que este fenómeno se había aceptado ampliamente, lo lógico era experimentar un cambio del entorno y el contexto en el que se producían esos encuentros:

(...) Estampa segunda: tertulia en un estrado, diversión donde se observa la etiqueta, donde solo concurren las personas que se conocen (...) (*ibid.*, domingo 28 de febrero de 1802 t. II, p. 273).

La susodicha considera que una vez que las mujeres francesas presidían los salones literarios, los maridos españoles se ocupaban de amueblar un espacio de la casa destinado a la conversación y divertimento, era el estrado. Este estaba elevado por medio de una tarima de corcho o de madera, separado del otro ámbito de la sala mediante unas barandillas. Estaba amueblado con cojines, taburetes,

⁷ Roncaglia, Constantino, *Le moderne conversazioni volgarmente dette del cicisbei, estimate da...*, Luca, 1753, *apud* Martín Gaité, *ob. cit.*

almohadas y sillas bajas. Aceptar a un caballero en esta estancia suponía una prueba de confianza.

Sin duda, este nuevo movimiento social había provocado un viraje en la sociedad de entonces, y, fundamentalmente, en la mujer. Se desarrolló un aumento del gasto en lujo y ostentación, la mujer española aprendió a vestirse y a comportarse en sociedad, a amar el bienestar, la materialidad, es decir, asistimos a una época en la que la mujer había despertado y había llamado la atención del hombre, que asombrado ante las circunstancias, parecía que tenía que aceptar la nueva situación.

Con respecto a aquellos caballeros que tenían como labor primordial la de conversar y entretener a las damas habría que destacar la figura del «petimetre»:

Esto lo confirma haberse presentado un petimetre de los más finos que entró cantando con aire libre sin ceremonia, ni cortesía, desde luego efecto de la familiaridad con que trataba a todos los concurrentes. Trajo por noticia que se había descubierto un nuevo plan para amar unos sombreritos de gasa, blondas y cintas para adorno de unos peinados que se debían inventar para las señoras mujeres (...)
(*ibid.*, jueves 30 de enero de 1806, t. IV, n° 200, p. 69).

En opinión de la citada autora, las conversaciones de las mujeres por aquella época carecían totalmente de consistencia. Los temas a tratar versaban, la mayor parte de las ocasiones, sobre moda, la maledicencia y el servicio. Resaltaba, principalmente la vaciedad y la futilidad que caracterizaban estas reuniones. Para algunos, como Mariano Nipho,⁸ la culpa la tenían los compañeros de conversación:

Estos apestados de la moda y locura, apenas con todo el estudio de sus delirios aciertan a mal copiarse unos a otros... Son los que han introducido en el mundo una galantería habitual... una charlatanería de donaires amatorios y graciosas nonadas y bachillerías.

Los petimetres eran, efectivamente, los mantenedores de aquellas conversaciones, como señala el crítico, que comenzaron por denominarse chichisveo y que contribuyeron a la «salvación» de la mujer. Pero poco podían hacer «aquellos seres afeminados y fatuos» conocidos con el nombre de petimetres.

Con respecto al tema de la insustancialidad que configuraba dichas reuniones, nuestro tertuliente (nos referimos al del *Correo*) nos muestra algunos ejemplos:

(...) Hallaba disgusto, y observaba demasiada libertad en la conversación, muchas palabras con su sal y pimienta, dichas a dos sentidos, y que con alguna seña o

⁸ Nipho, Mariano, *El amigo de las mujeres de Mirebau*, traducción y adaptación del francés por el susodicho, Madrid, 1763, pp. 91-92.

guñada suelen servir para escamecer a algunos de los que forman la asamblea, y varias murmuraciones con perjuicio del concepto de muchos (*ibid.*, jueves 30 de enero de 1806, t. IV, n° 200, p. 70).

(...) Juzgué conveniente buscar mi introductor, y me guió a otra pieza, en donde vi tres mesas de juego, rodeadas de gente, en la que veía predominar el interés y el vicio (*ibid.*, jueves 27 de febrero de 1806, t. IV, n° 208, p. 129).

(...) pues indiferentemente jugaba el hombre y la mujer libre, y con obligaciones, recreándose en pasar el tiempo con zozobra, disgusto y desconfianza, y empeñándose en buscar la suerte a riesgo más fijo de perder el dinero, la paciencia, y aun la salud. No hallaba a mi amigo, y mirando con enfado la confusión que allí reinaba en vez de recreo (...) (*ibid.*, p. 130).

(...) Papel primero: un paseo lisonjero donde se ven las damas y galanes con muchos afanes para ver y ser vistos, decirse sus dichos, criticar y murmurar del peinado, calzado y postura... porque la murmuración y escudriñar vidas ajenas es el objeto principal de estas concurrencias...

Estampa segunda: tertulia en un estrado, diversión donde se observa la etiqueta, donde solo concurren las personas que se conocen, y en donde para introducirse, es menester el favor de algún amigo, porque regularmente cada uno tiene su cada una para pasar el rato divertido, de aquí suelen salir algunos pasatiempos.

Habrán Vms. también observado qué saltones están los ojos de los demás concurrentes, por eso se dice, que de una boda salen otras, unos se alegran por el baile, otros por las tajadas, y allí hay un viejo que está contemplando la mesa y se le está haciendo la boca agua... (*ibid.*, domingo 28 de febrero de 1802, t. II, n° 122, pp. 274-275).

En opinión de Martín Gaité,⁹ no debía existir mucha variedad en aquellas tertulias, los temas favoritos serían la gastronomía, el peinado, los coches y los modales que debían adquirirse para brillar más en los salones. Pero, además, vemos que el juego, la murmuración y la comida reinaban en aquel ambiente. No obstante, habría que tener en cuenta el matiz crítico empleado por el tertuliente hacia el ambiente que se respiraba en las tertulias, y es que como bien dice:

(...) Las juntas serias forman al hombre cuerdo y cortés; pero donde hay varias condiciones de personas en cantidad reina el desorden, causa de desazones, y no se adelantan los conocimientos que nos son provechosos para siempre... (*ibid.*, jueves 27 de febrero de 1806, t. IV, n° 208, p. 132).

Observaremos que existía la voluntad de crear reuniones o tertulias en las que

⁹ Martín Gaité, *ibid.*

se aprovechara el tiempo debatiendo y reflexionando sobre temas de interés y que sirvieran de provecho. Así, el tertuliente, en carta dirigida al editor dice lo siguiente:

Como no todas las concurrencias en donde se reúnen ambos sexos han de ser perjudiciales, ni todas la tertulias han de parar en murmuración y chichisveo, he juzgado conveniente dar a Vm. noticia de esta en la que como miembro de ella oí leer el papel que inserto.

V. figúrese que es un conjunto de personas que se han constituido en la obligación de presentar cada una de ellas, ya sean señoras, mujeres o hombres en la noche que le toca, o una novela, u oda, o discurso, o invención jocosa, que se lee en público, se aplaude, se censura y sirve de pasatiempo agradable, e instructivo, por lo que casi se puede llamar una academia literaria y entretenida... (*ibid.*, jueves 28 de noviembre de 1805, t. III, n° 182, pp. 337-338).

De este fragmento se deduce que la crítica no va dirigida a esta práctica social ni a la presencia de la mujer en ella, sino que el malestar deriva de la proliferación de tertulias nada provechosas.

Al principio decíamos que la relación entre tertulia y prensa era estrecha y resultaba beneficiosa por lo que ambos aportaban el uno al otro. A esto se le suma el hecho de que la fiel transcripción de los acontecimientos sociales a través del periódico a modo de crónica constituía un modo de vida para el tertuliente, como él bien lo declarará en una ocasión:

Esta es mi hacienda y mi viña y mas vale hacer esto, que ir a la rapiña, en otro tiempo he sido acaudalado pero como aquel tiempo se ha pasado, con mapas y cajón busco la vida, para poder comprarme la comida...

Puede V. divulgar entre sus amigos este nuevo plan del Mapa Mundi que yo le diré a V. la ciudad en que me fije, y que más me convenga, para que dando V. noticia de ello en su periódico, aumente la concurrencia, y pueda tener algún ingreso en este nuevo modo de vivir que me he buscado... (*ibid.*, domingo 28 de febrero de 1802, t. II, n° 122, p. 275).

Es decir, que la publicación de estas tertulias satisfacían las necesidades de un periódico ansioso por informar, de un tertuliente que había encontrado un modo de vivir, escondido bajo el seudónimo de «El nuevo charlatán del Mapa Mundi» y la creación de un proyecto que tendría como objetivo la observación de las diferentes costumbres y hábitos sociales a lo largo de múltiples y variadas ciudades.

Los aspectos más destacables de las tertulias del citado periódico ya han sido comentados. Como se habrá podido comprobar, el *Correo de Jerez* se convirtió en el perfecto transmisor de las nuevas ideas que iban surgiendo a principios del XIX en Andalucía. Es, sin duda, la mejor manera de conocer toda la ideología que se

desarrollará plenamente unos años más tarde.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ARAUJO COSTA, Luis, estudio preliminar a *Juan Valera. Obras completas*, M. Aguilar, Madrid, 1942.
- BARETTI, Giuseppe, *An account of the manners and customs of Italy; with observations on the mistakes of some travellers with regards to that country*, Londres, 2 vols., cap. VIII, 1769. *Apud* Martín Gaité (*ob. cit.*).
- El Correo de Jerez*, tomos I-V, José de la Barreda, Jerez de la Frontera. 1800-1806. Los tomos consultados son los únicos disponibles en la biblioteca municipal de la citada localidad.
- LEIVA, Juan, *El periodismo en Jerez. El siglo XIX*. Publicaciones del centro de estudios históricos jerezanos, Jerez de la Frontera, 1982.
- MARTÍN GAITE, Carmen, *Usos amorosos del XVIII*, Editorial Lumen, Barcelona, 1972.
- NIPHO, Mariano, *El amigo de las mujeres*, de Mirebau, Adaptación y traducción del francés por el citado autor, Madrid, 1763.
- RONCAGLIA, Constantino, *Le moderne conversazioni volgarmente dette del cicisbei, esminate da...*, Luca, 1753. *Apud* Martín Gaité (*ob. cit.*).
- VILLACORTA BAÑOS, Francisco, *Culturas y mentalidades en el siglo XIX*, Editorial Síntesis, Madrid, 1993.